

el voto de la Cámara, prorogó sus sesiones,—31 de Enero,—lanzando contra ella un manifiesto tremendo acusándola de haber querido inutilizar al gobierno y de haberse querido imponer á su autoridad gran ducal.

Adivinase ya de seguro que este cambio tan grande y tan repentino en el modo de ser del gobierno ducal, debíase pura y exclusivamente al acuerdo de las grandes potencias de destruir la revolución de España. Tan pronto supo esto el gran duque Luís, creyó que podría ya obrar con mayor desembarazo contra las instituciones de su país. Berstett, su primer ministro y su hombre de confianza, se precipitó ciego en esa lucha hasta el punto de hacer anunciar que nadie sabía cuando se abrían las sesiones de la tercera legislatura. Esto bastó para que en Viena y Berlín no se temiera que Berstett lo comprometiera todo en Karlsruhe, y así le avisaron que de ninguna manera atacara la Constitución, que lo que debía hacer era gobernar como si no existiera, pero salvando en lo posible las formas. Así principió por dejar pasar el tiempo útil para reunir de nuevo la Dieta, por cuya razón la disolvió, pero convocando la nueva Dieta para el 21 de Febrero. Es decir, que ya en este punto procedía el gobierno con la Dieta con abierta infracción de la Constitución.

Lo que fueron las elecciones para la nueva Dieta con este estado de cosas, fácil es de adivinar. La presión gubernamental y administrativa llegó á ser escandalosa, y cuando esto se le reprochó al gobierno declaró que, en efecto, había intervenido porque era su obligación cuidar que se hicieran unas elecciones buenas.

En vista, pues, de que las elecciones respondieron á ese modo de ver del gobierno, que los pueblos se habían dejado intimidar con tanta facilidad, se organizó la agitación absolutista, y en algunos pueblos se redactaron exposiciones pidiendo al gran duque la abolición del régimen constitucional. Metternich, encantado del proceder «del correcto» gran duque, era también de los que ahora le aconsejaban la supresión de la Constitución.

Quiso el correcto duque proceder en esto también correctamente. En el discurso del trono, le dijo á la Dieta, que la Constitución no había en lo más mínimo disminuido sus derechos de soberano, que éstos continuaban íntegros, y que por lo que tocaba á los asuntos federales, éstos no eran ni podían ser de la competencia de la Dieta, sino suyos propios.

Siguió á este discurso un proyecto de ley que

presentó Winter y que significaba un cambio completo en la Constitución. Proponíase que se decretara que en vez de renovarse la segunda Cámara por fracciones de dos en dos años, fuese la renovación por entero y cada seis años y que la Dieta se reuniera cada tres años en vez de cada dos como venía haciéndolo. Esta proposición fué aprobada mediante un dictamen de Rosshirt, en el cual decía que la Cámara eligiera entre la vida ó la muerte del sistema constitucional. Que aceptando lo que se proponía por el gobierno, el sistema constitucional, en lo esencial, quedaría en pié, pero no si se rechazaba la proposición del gobierno. Ante tales argumentos la Cámara, que ya era incapaz de resistir, votó la proposición del gobierno. En contra sólo votaron Dutlinger, Fohrenbach y Grim, que á esta representación había quedado reducido el partido liberal.

Claro está, pues, que la Cámara se apresuró á declarar que consentía que se sustrajera á su examen el presupuesto de la guerra, pues el gobierno no quiso admitir la proposición que hizo un diputado para que se abreviaran los debates en la Cámara y no se diera de ellos más que un resumen á la publicidad, porque el gobierno ya sabía que esta medida era innecesaria, pues bastó que las cámaras demostraran su incapacidad ó su servilismo para que la opinión pública se desentendiera de ellas.

Había, pues, el gran duque Luís conseguido lo que se le había aconsejado primero, que fuera un príncipe absolutista bajo formas constitucionales. Por fortuna llegó para él á tiempo la muerte,—30 de Marzo de 1830,—pues si hubiese tenido que convocar la Dieta de 1830, es bien seguro que no le encuentra en el trono.

En el Hesse-Darmstadt, todo marchó bien hasta 1823-24, es decir, la Cámara baja y el gobierno marcharon unidos contra la Cámara alta, que no quería prestarse á las grandes reformas que para emancipar la propiedad y al campesino proclamaban uno y otro. Pero á partir de 1823, cuando el movimiento absolutista se afirmó en todas partes, esa armonía se alteró. Grolmann, el primer ministro, hombre estimadísimo como jurisconsulto, se dejó convencer de la conveniencia de acabar con las «Diets caras», cuya supresión se hizo pedir por algunos pueblos y como en Baden, procuró influir é intimidar el país para que eligiera una Asamblea pacífica y dócil, llegando al extremo de ser él mismo quien fuera de distrito recomendando los candidatos gubernamentales.

Pero contra Grolmann se levantó en Darmstadt,

Hoffmann, consejero de Comercio, hombre dotado de una gran actividad, energía y fortuna, que de antiguo venía ocupándose de la cosa pública, y Hoffmann seguía al ministro en todas partes acalorando con sus viriles discursos á los electores, contra la propaganda ministerial. Grolmann perdió la serenidad y deshonró para siempre en él al gran tratadista de derecho, pues, para inutilizar á Hoffmann, le envolvió en un proceso, como se había hecho con List en Wurtemberg. Hoffmann fué sacrificado, pero Hoffmann triunfó, pues al fin y al cabo la nueva Dieta no resultó lo que el ministro se había propuesto que fuera. Grolmann fué también víctima de su obra, pues murió á consecuencia de los disgustos repetidos que le dió la Dieta precisamente en lo que más había de mortificarle y desmoralizarle, en lo relativo á la organización judicial, sosteniendo él el sistema de excepción contra el sistema uniforme que quiso y votó la Cámara,—14 de Febrero de 1829.

Dicho se está que al estallar la revolución francesa, el gobierno de Hesse-Darmstadt, dejó de mostrarse tan reaccionario como antes.

El anciano gran duque quiso abrir en persona la Dieta de 1829,—3 de Enero,—y ya por este tiempo había terminado el proceso de Hoffmann que salió absuelto. Hoffmann, pues, había ocupado su puesto en la Cámara y no cerró el año sin hacer sentir al gobierno y al país su presencia, obligando,—7 de Diciembre,—al gobierno, á que presentara una ordenanza, por la cual, imponiendo á los empleados el más absoluto silencio y reserva sobre las comunicaciones que creyera tener que dirigir á la Cámara, sobre todo las relativas á estadística, se quiso prevenir el agiotaje. Enfadóse el gobierno, pero la Cámara se mantuvo firme y la Cámara triunfó.

La segunda Dieta de Baviera, hubo de reunirse en mala ocasión, esto es, cuando soplaban los aires más reaccionarios en Alemania. Abrió sus sesiones el 22 de Enero de 1822. La nueva Dieta no había de parecerse en nada á la anterior, que había sido llamada la Convención de Alemania, y si el gobierno bávaro hubiese procedido con más tacto, no hubiera tenido con ella rozamiento ni cuestión alguna, como lo prueba la indiferencia que mostró por el reglamento que impuso á la Cámara su presidente, reglamento por el cual quedaba reducido á su último límite todo lo relativo á la publicidad de las sesiones. De modo que en Baviera se supo hacer con un reglamento interior de la Cámara, lo que en otras partes se había ido á buscar en la franca infracción de la ley del país.

Esta Dieta no tardó también en deshonrarse como la de Wurtemberg, excluyendo de su seno al sabio Behr á quien se declaró incapacitado por haber sido elegido alcalde de Wurtzburg de cuya universidad era el principal representante, y cuya cátedra también perdió por dicha elección municipal, y no porque esto fuera de ley, sino porque el gobierno creyó haber encontrado la ocasión que buscaba para expulsarle de la universidad en donde sus cursos eran seguidos por una juventud entusiasta y vigorosa.

Pero aún así y todo tuvo la Cámara bávara que contar con el que ya por su intrepidez, valentía y corazón era llamado el Ajax de la Asambleta. Era éste von Hornthal que pertenecía á la Dieta desde sus primeras convocatorias, y que ahora como en 1819 se proponía ser no menos radical é intemperante, tanto que principió con una defensa franca y abierta de la Dieta de 1819, sobre la cual el gobierno había querido echar un puñado de lodo por su independencia y liberalismo.

Difícil de vencer el Ajax parlamentario de Baviera, difícil para él la victoria por el corto número de soldados de que pudo disponer durante toda la legislatura de 1822, gobierno y Dieta se consumieron en una serie de combates sin resultado hasta llegar á desear todos el cierre de las sesiones parlamentarias.

Convocóse la nueva Dieta para 1825 y ya ahora habiendo tomado bien el gobierno sus medidas, logró cerrar la puerta de las cámaras á los principales jefes del partido liberal: Hornthal, Stephani, Bestilmaier, Kurz, Hofstetten y otros no fueron elegidos, ó por mejor decir, no resultaron elegidos. Y mediante una capciosa y falsa interpretación de la Constitución, se declararon incapacitados los funcionarios administrativos elegidos por la Baviera del Rhin, Koester y Schoopmann, y de la misma manera continuó excluido Behr nuevamente elegido alcalde de Wurtzburg. De esta manera fué como consiguió el gobierno hacer enmudecer la Cámara, hasta el punto de no encontrarse rastro de la más leve protesta ó reclamación contra ninguna de las muchas infracciones constitucionales del gobierno, que también obedecía al santo y seña de ser absolutista guardando las formas constitucionales.

Esa Dieta servil como pocas no hizo, pues, hablar de sí, y aún cuando intentó grandes cosas en el orden económico y administrativo, que habían de dar por resultado la emancipación del trabajo, acabando en la organización gremial, nada hizo en definitiva.

Mas, hé aquí que la muerte se mete de por medio

y se lleva á la tumba al rey de Baviera Maximiliano José,—13 de Octubre de 1825,—pero no fué muy llorada la muerte del bueno y piadoso Maximiliano, porque Baviera ardía hacía ya años en deseos de ver á su hijo Luís en el trono.

Luís, en tiempo de Napoleón I se había demostrado su franco adversario y el amigo de todos los alemanes, tanto que el gran Dictador de Europa llegó á amenazarle con la exclusión del trono. Aun antes del levantamiento de Alemania contra Napoleón, el joven Luís había concebido el proyecto de ponerse al frente de Alemania y ser su libertador, de

modo que era el querido de los patriotas y una esperanza para los alemanes que esperaban verle realizar el nombre de Baviera.

Esta actitud le obligó á separarse de la dirección de los negocios públicos y de la política para no perjudicar á su padre, empleando entonces toda su actividad en ser el amigo y protector de los sabios y de los artistas.

Pertenece esta faz de la vida del príncipe Luís por completo á la historia del arte, porque Luís pareció ser, en efecto, en sus días, para Alemania entera, lo que en los nuestros ha sido para Inglaterra



París: Plaza de la Concordia

el esposo de la reina Victoria. Más adelante pues, diremos como la gran escuela de pintura alemana, como los grandes museos de Munich fueron su obra, ahora sólo hemos de ocuparnos del hombre político, que por su actitud en favor de la resurrección de Grecia había ya inspirado tantos recelos al gran canciller austriaco, y quien precisamente subió al trono cuando más confusa y enmarañada estaba la cuestión griega.

A tan grandes esperanzas fundadas en los méritos y liberalismo del futuro monarca y ya monarca se unía ahora lo que por lo bajo se decía en los círculos mejor informados. Asegurábase que había ordenado á sus ministros que en el discurso de la corona para la inauguración de los trabajos de la Dieta de 1825, no se hablara en él para nada «de principios monárquicos para no disgustar á los diputados liberales y al pueblo.» Pero en Viena lo mismo se creía en el liberalismo del príncipe que en el de su gran canciller. Este lo temía todo de su arrebatado carácter, nada de sus convicciones. Sabía la vida licenciosa que había llevado en Roma en

medio de los artistas y para él era seguro que Baviera iba á tener ahora su Pompadour ó su Montespan, ¡pero no tuvo más que su Lola Montes!—Así no le alarmaban á Metternich sus propósitos liberales, sino las intemperancias de su carácter.

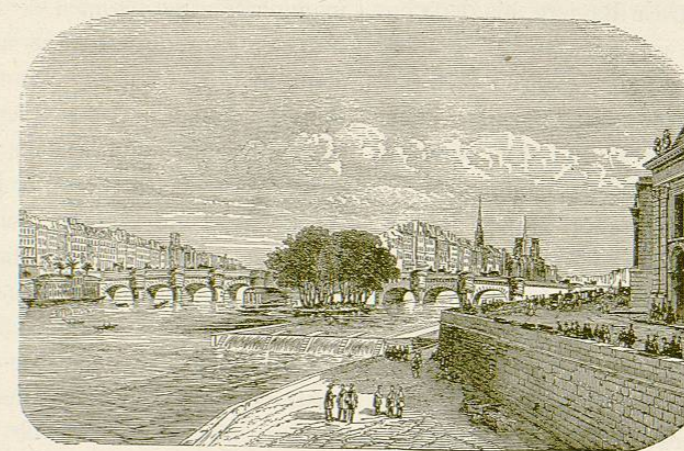
Dejando para más adelante al Mecenas rodeado en ese terreno del arte y de la ciencia no tardó en venir, porque con gran sorpresa creyeron ver que Baviera era incapaz de seguir á su rey por el camino de la libertad de la ciencia, pues sin libertad no hay ciencia posible. En efecto, en 1828 se daba ya por muerta la Universidad de Munich, á la que se podía acusar de ser el reflejo de su protector, porque como éste vivía en el mundo de las alucinaciones y del sensualismo más corruptor, porque es de saber que el rey Luís creía en apariciones. ¿Pero cómo había muerto la universidad tan pronto? Pues pura y simplemente por haberse apoderado de ella el partido que más la combatía, halagando todo lo que de más repugnante había en el carácter del rey Luís.

En el terreno político principió también con aplau-

so el nuevo rey, pues, instituyó una comisión encargada de estudiar todas las economías que podrían hacerse en los servicios públicos, pero de seguro que no con el pensamiento de aliviar la suerte de los contribuyentes sino para ver de dónde podría sacar dinero para hacer de Munich una nueva Atenas, pues siempre dominado por el esplendor del arte y de la vida artística, olvidábase de todo y menospreciaba todo lo que no le recordara esa vida de la época de Pericles que quería imitar hasta con sus vicios. Por esto dejó que siguiera su curso la política como en tiempos de su padre, y en efecto la rutina se dió en

todo libre carrera. De modo, que en los primeros tiempos del reinado de Luís, sólo encontraron su hombre los artistas, los políticos vieron claro que el desequilibrio moral era completo con el nuevo soberano y que era de temer que no causara aún, inconscientemente, mayores males que todos sus antecesores juntos.

Así aun cuando en efecto al inaugurarse las sesiones de la Dieta de 1827-28, el rey Luís, pronunció un discurso corto, correcto y francamente constitucional, los actos del gobierno se encargaron de disipar desde luego todas las ilusiones. Behr y



París: El Puente Nuevo

Schoppmann creyeron que podían reclamar que se les reintegrara en sus puestos de diputados, pero esta vez la Cámara, casi por unanimidad,—menos un voto,—mantuvo su exclusión. La misma suerte tuvo la proposición Benzal-Sternau definiendo el derecho de la corona relativa á la confirmación de la elección de los diputados.

Muchísimos proyectos de ley podríamos citar que no pasaron de tales proyectos, gracias á la firme resolución de la alta Cámara de defender sus intereses particulares y de la docilidad y superstición de la Cámara electiva por la nobleza, que Gervinius dice ser una de las debilidades del carácter alemán. Así, cuanto se propuso para emancipar la propiedad de toda clase de prestaciones feudales, otro tanto naufragó sin que tantas decepciones sirvieran para fomentar y alentar el espíritu de protesta precursor de las revoluciones trascendentales.

El caos político alemán tenía su par en el caos económico. Alemania «no tenía menos de treinta y ocho ligas aduaneras que separaban los Estados de la Confederación en otros tantos Estados extranje-

ros; en Prusia, en Baviera, en las dos Hesses, las diversas provincias estaban separadas unas de otras por barreras interiores, en donde no había más remedio que pagar derechos si se quería pasar de una á otra provincia.

»Durante los años de carestía y de miseria extremas, los países, cuyos habitantes eran hermanos y hablaban la misma lengua alemana, se habían cerrado herméticamente como si quisieran mutuamente causarse el hambre. Todos los grandes Estados, lo mismo fuera que dentro de Alemania, se habían hecho, por decirlo así, inaccesibles. Inglaterra, por sus leyes sobre los cereales, había cerrado su mercado á los productos alemanes. Rusia se aisló elevando sus tarifas y vigilando sus fronteras con mayor rigor. Francia inauguró su sistema prohibitivo por medio del cual hizo nacer, primero en la Prusia del Rhin las más grandes calamidades; luego al tomar desde 1822 nuevas medidas para impedir la introducción de productos extranjeros, irritó á la Alemania meridional y la obligó á tomar represalias. Austria, con su enorme aglomeración de paí-